

Contemporánea en la Universidad de Tel-Aviv, define su trabajo como un relato político-cinematográfico de los grandes acontecimientos y procesos políticos del siglo XX: la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa, la crisis del 1929, los fascismos, el holocausto, la guerra fría, la descolonización y, previo a todos ellos, una reflexión sobre cómo el cine ha retratado el mundo de la política en las sociedades democráticas. El libro se cierra con un epílogo metodológico que recuerda las aportaciones de historiadores como Marc Ferro, Robert A. Rosenstone y Hayden White. Este último acuñó el término «historiofotía» para referirse a los trabajos que, como el Shlomo Stand, se ocupan del tratamiento que el cine da del pasado, esto es, cómo las películas explican la historia y construyen imágenes del pasado introduciendo un tratamiento épico, fuertes dosis de sentimentalismo o escandalosas manipulaciones.

Emeterio Diez

Compañeros de piso, Julio Baquero Cruz, *Funambulista*, Madrid, 2004, 264 pp.

Compañeros de piso es una inteligente y divertida alegoría de

la convivencia en «la casa europea» de la primera generación de universitarios que se ve obligada a coexistir en un medio multicultural sin precedentes. El viaje de una pareja de jóvenes por Francia, España e Italia enmarca una serie de episodios protagonizados por seres caricaturescos que retrata una sociedad decadente cuyos parámetros morales y culturales han entrado en crisis. La mirada itinerante del narrador-protagonista, como el espejo valleinclanés que devuelve una visión deformada de la realidad, proyecta el esperpento de nuestro tiempo: la experiencia de la postmodernidad. Un tono distante e irónico, desprovisto de tintes emocionales o moralizantes, sirve a un tiempo de antídoto y de catalizador de este paisaje de desarraigo, saturación y desencanto habitado por una nueva generación de europeos.

Aunque clasificada como *novela Erasmus*, es evidente desde el comienzo que estamos ante mucho más que eso. Tras cada relato emerge una sutil reflexión sobre importantes cuestiones de nuestro tiempo: la búsqueda de identidad individual y colectiva en un mundo globalizado transitado por sujetos desnacionalizados; el dudoso lugar de los valores tradicionales en un nuevo escenario donde lo excepcional es lo coti-

diano; el papel de la escritura como viaje de autoconocimiento; y, finalmente, el diálogo con el otro como recurso humanizador. El viaje, la escritura y la búsqueda personal se entrelazan en una fértil y sugerente narrativa donde, bajo la máscara del nuevo siglo, palpita el espíritu decimonónico. Con todo, tal vez lo mejor de la novela sea su estilo fresco y desenvuelto, marcado por un lenguaje de tan elegante transparencia que en momentos raya la iluminación de lo poético. En virtud de sus méritos tanto estéticos como conceptuales, *Compañeros de piso*, segunda novela de Baquero Cruz tras *Arquitectura del matadero* (Bruselas: Excritos, 2002), merece especial atención entre la producción novelística reciente.

Isabel Cuñado

Oscar y Bosie. Una pasión fatal, Trevor Fisher, traducción de Rolando Costa Picazo, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 2004, 354 pp.

«Los dos hechos decisivos de mi vida fueron cuando mi padre me envió a Oxford, y cuando la sociedad me envió a prisión». Esta frase la apuntaba Oscar Wilde en la

larga carta que escribiera a su amante, Lord Alfred Douglas (*Bosie*), precisamente desde la cárcel, y que años después se publicó bajo el nombre de *De profundis*. El segundo hecho fue «decisivo» hasta tal punto que acabó con la vida de Wilde, en 1900, a los 46 años de edad. Por supuesto, antes haría tabla rasa de la gloria a la que su genio lo había elevado. En la Inglaterra victoriana (donde la homosexualidad, que todavía no se llamaba así, era castigada con una pena de hasta veinte años de reclusión), el escritor fue a partir de 1895 un proscrito, un «sodomita», unapestado que todo lo contaminaba, incluido su arte, cuando éste ya había alumbrado un éxito sensacional, y aún prometía más.

La tragedia nos la vuelve a contar el profesor de historia británico Trevor Fisher, quien tiene en su haber un par de libros sobre las conflictivas relaciones entre la época victoriana y la sexualidad. La ventaja de este trabajo sobre los anteriores consagrados a la vida de Wilde (y por consiguiente a la de Douglas, tan entrelazada con la suya) reside obviamente en ser el último en llegar, aunque —lo que ya no es tan obvio— haciendo un uso muy inteligente de todas sus fuentes, entre ellas la del más famoso biógrafo de Wilde (y también de otro ilustre irlandés, Joyce), Richard Ellmann.

Es de esta inteligencia de la que se vale para demoler al menos tres mitos que los antecesores de Fisher, o bien mantuvieron, o bien contribuyeron a consolidar. El primero, nacido de la propia imaginación de Wilde durante su encierro en la cárcel de Reading: que Bosie fue un Judas; que lo olvidó cuando se produjo su caída. Sin embargo, no fue así (aunque *De profundis*, «una de las cartas más extraordinarias que se hayan publicado», de más de 30.000 palabras, sea una dolorida acusación): las misivas de Bosie no alcanzaban la celda donde el creador de *Dorian Gray* se podría. Sencillamente, había otros mensajes a los que se daba prioridad; por ejemplo, los de Constance, la sufrida y abnegada esposa de Wilde. De este modo, el sentimiento de abandono terminó hundándolo, y *De profundis* es el estremecedor testimonio de su desesperación.

El segundo mito, alimentado por el movimiento gay actual, da por cierto que «a Oscar Wilde lo encarcelaron como resultado de un acto homofóbico de represión». Aquí también la verdad es diferente: «El Estado no estaba interesado en la vida privada de Oscar Wilde, que manifiestamente era la de un hombre felizmente casado, y tenía menos interés en el aristocrático Bosie Douglas».

La razón era sencilla: «En aquel momento no había evidencia real de que existiera una subcultura homosexual o que representara una amenaza contra la opinión pública “respetable”». En cambio, el interesado era un individuo: el Marqués de Queensberry, padre de Alfred Douglas, quien a toda costa quería apartar a su hijo de Wilde. Lo consiguió reuniendo pruebas y chantajistas del mundo de la prostitución masculina, los *taxi-boys*, que frecuentaban tanto Bosie como Oscar. Paradójicamente, no fue él quien empezó el proceso judicial, sino el propio escritor, al demandar a Queensberry por «libelo». Con lo cual cayó en la trampa que le había tendido el marqués. Queensberry era un verdadero «macho», aficionado a los deportes rudos. Fue el creador de las reglas básicas del boxeo vigentes hasta hoy.

Los *taxi-boys*, justamente, dan pie para la destrucción del tercer mito: el «socialismo» de Wilde. Puesto que «el hecho de considerar la prostitución masculina como una solución de la pobreza es prueba de que su proclamado socialismo era de una superficialidad intolerable», afirma el autor. Y esto no necesita más demostración.

«El hombre mata lo que ama», escribió Wilde. En un acto de amor, Fisher mata a Wilde, un

mito en sí, pero, amorosamente, nos lo devuelve en su dimensión real, más allá de las mitologías construidas por el tiempo y por él mismo.

Ricardo Dessau

Matrimonio por interés, *Mijail Zóschenko, Acantilado, Barcelona, 2005, 164 pp.*

En España, el cuento como tipología nunca ha disfrutado de una gran acogida por parte de los lectores. Es una forma literaria considerada indefinida, no culminada, una especie de inconclusa estructura larvaria a mitad de camino entre la novela y el poema. No ocurre lo mismo en el resto de Europa o de América, de norte a sur, donde los siglos diecinueve y veinte han dejado un muestreo más que significativo con excelentes cuentistas y brillantes títulos. Sólo por citar algunos, desde Poe o Hemingway o Dos Passos, pasando hacia Roberto Arlt, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, regresando a este continente con Guy de Maupassant, James Joyce o Virginia Woolf. Acá, los años cincuenta del siglo veinte anunciaron un impulso (Ignacio Aldecoa, Ana María

Matute, Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos o Daniel Sueiro), pero éste se detuvo algunos años más tarde, y así hasta nuestros días, en que tan escasas (y heroicas) editoriales apuestan por él. La Rusia decimonónica, desde Turgueniev, Bunin, Gorki y, por supuesto, Chejov, y la que hace la transición hacia el siglo pasado, es uno de los países que más valoró y promocionó este género maltrecho. Sin embargo, me consta que en la Rusia actual apenas se editan libros de cuentos, salvo aquellos que se publican los mismos autores. En Rusia, como en Occidente, priman la novela y el ensayo, y por encima de ellos los libros de autoayuda.

Por todo eso, resulta conmovedor y estimulante encontrarse con este volumen que reseñamos como novedad literaria en España. Zóschenko vivió su infancia bajo el zarismo, participó de la ruptura bolcheviquista y sufrió el ostracismo de Stalin, muy en especial, tras la publicación de la novela *Antes de la salida del sol* (1943), que supuso su expulsión de la Unión de Escritores Soviéticos. Vitali Chentalinski, en su interesante investigación *De los archivos literarios del KGB*, integra a Zóschenko como uno de los muchos autores represaliados por el Comité Central a causa de que sus obras se interpretaban «aje-